



La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de Kristof



La llegada a casa de la abuela

Venimos de la ciudad. Hemos viajado toda la noche. Nuestra madre tiene los ojos rojos. Lleva una caja de cartón grande, y nosotros dos una maleta pequeña cada uno con su ropa, y además el diccionario grande de nuestro padre, que nos vamos pasando cuando tenemos los brazos cansados.

Andamos mucho rato. La casa de la abuela está lejos de la estación, en la otra punta del pueblo. Aquí no hay tranvía, ni autobús, ni coches. Sólo circulan algunos camiones militares.

Los caminantes son poco numerosos, el pueblo está silencioso. Se oye el ruido de nuestros pasos. Caminamos sin hablar, nuestra madre en medio, entre nosotros dos.

Ante la puerta del jardín de la abuela, nuestra madre dice:

—Esperadme aquí.

Esperamos un poco y después entramos en el jardín, rodeamos la casa, nos agachamos debajo de una ventana, de donde vienen las voces. La voz de nuestra madre dice:

—Ya no tenemos nada que comer en casa, ni pan, ni carne, ni verduras, ni leche. Nada. No puedo alimentarlos.

Otra voz dice:

—Y claro, te has acordado de mí. Durante diez años no te has acordado. No has venido ni has escrito.

Nuestra madre dice:

—Sabes muy bien por qué. Yo quería a mi padre.

La otra voz dice:

—Sí, y ahora te acuerdas de que también tienes una madre. Llegas y me pides que te ayude.

Nuestra madre dice:

—No te pido nada para mí. Sólo me gustaría que mis hijos sobreviviesen a esta guerra. Bombardean la ciudad día y noche, y no hay nada que comer. Evacúan a los niños al campo, a casa de parientes o de extraños, a cualquier sitio.

La otra voz dice:

—Sólo tenías que enviarlos a casa de algún extraño, a cualquier sitio.

Nuestra madre dice:

—Son tus nietos.

—¿Mis nietos? Ni siquiera los conozco. ¿Cuántos son?

—Dos. Dos chicos. Unos gemelos.

La otra voz dice:

—¿Qué has hecho con los otros?

Nuestra madre pregunta:

—¿Qué otros?

—Las perras tienen cuatro o cinco cachorros cada vez. Se guardan uno o dos y los demás se ahogan.

La otra voz se ríe muy fuerte. Nuestra madre no dice nada y la otra voz pregunta:

—¿Tienen padre, al menos? No estás casada, que yo sepa. No me has invitado a tu boda.

—Sí que estoy casada. Su padre está en el frente. No tengo noticias de él desde hace seis meses.

—Entonces ya puedes ponerle una cruz.

La otra voz ríe de nuevo, nuestra madre llora. Nosotros volvemos a la puerta del jardín.

Nuestra madre sale de la casa con una vieja.

Nuestra madre nos dice:

—Ésta es vuestra abuela. Os quedaréis con ella un tiempo, hasta que acabe la guerra.

Nuestra abuela dice:

—Puede ser mucho tiempo. Pero yo les haré trabajar, no te preocupes. La comida no es gratis aquí tampoco.

Nuestra madre dice:

—Os mandaré dinero. En las maletas tenéis vuestra ropa. Y en la caja, sábanas y mantas. Sed buenos, pequeños. Os escribiré.

Nos besa y se va llorando.

La abuela se ríe muy fuerte y dice:

—¡Sábanas y mantas! ¡Camisas blancas y zapatitos de charol!
¡Ya os enseñaré yo a vivir, ya veréis!

Le sacamos la lengua a nuestra abuela. Ella se ríe más fuerte aún, dándose palmadas en los muslos.

La casa de la abuela

La casa de la abuela está a cinco minutos andando de las últimas casas del pueblo. Después ya no queda más que la carretera polvorienta, pronto cortada por una barrera. Está prohibido ir más lejos, un soldado monta guardia allí. Tiene una metralleta y unos prismáticos, y cuando llueve se mete dentro de una garita. Sabemos que más allá de la barrera, oculta entre los árboles, hay una base militar secreta, y detrás de la base la frontera y otro país.

La casa de la abuela está rodeada por un jardín al fondo del cual corre un río, y después el bosque.

En el jardín tiene plantadas todo tipo de verduras y árboles frutales. En un rincón hay una conejera, un gallinero, una pocilga y una caseta para las cabras. Hemos intentado subirnos al lomo del cerdo más gordo de todos, pero es imposible permanecer encima.

La abuela vende las verduras, las frutas, los conejos, los patos y los pollos en el mercado, así como los huevos de las gallinas y patas y quesos de cabra. Los cerdos los vende al carnicero, que le paga con dinero, pero también con jamones y salchichones ahumados.

También hay un perro para cazar a los ladrones y un gato para cazar ratas y ratones. No hay que darle de comer, para que tenga hambre siempre.

La abuela posee también una viña al otro lado de la carretera.

Se entra en la casa por la cocina, que es grande y está caliente. El fuego está encendido todo el día en el hogar de leña. Junto a la ventana hay una enorme mesa y un banco de rincón. En ese banco dormimos nosotros.

Desde la cocina, una puerta lleva a la habitación de la abuela, que siempre está cerrada con llave. Sólo la abuela entra allí por las noches, a dormir.

Existe otra habitación donde se puede entrar sin pasar por la cocina, directamente desde el jardín. Esa habitación está ocupada por un oficial extranjero. La puerta también está cerrada siempre con llave.

Bajo la casa hay una bodega llena de cosas de comer y, debajo del tejado, un desván donde la abuela ya no sube desde que le serramos la escalera y se hizo daño al caer. La entrada del desván está justo encima de la puerta del oficial, y nosotros subimos con la ayuda de una cuerda. Allí es donde guardamos el cuaderno de las redacciones, el diccionario de nuestro padre y los demás objetos que nos vemos obligados a esconder.

Pronto nos fabricamos una llave que abre todas las puertas y hacemos unos agujeros en el suelo del desván. Gracias a la llave podemos circular libremente por la casa cuando no hay nadie en ella, y gracias a los agujeros, podemos observar a la abuela y al oficial en sus habitaciones sin que ellos se den cuenta.

La abuela

La abuela es la madre de nuestra madre. Antes de venir a vivir a su casa no sabíamos que nuestra madre todavía tenía madre.

Nosotros la llamamos abuela.

La gente la llama la Bruja.

Ella nos llama «hijos de perra».

La abuela es pequeña y delgada. Lleva una pañoleta negra en la cabeza. Su ropa es gris oscuro. Lleva unos zapatos militares viejos. Cuando hace buen tiempo va descalza. Su cara está llena de arrugas, de manchas oscuras y de verrugas de las que salen pelos. No tiene dientes, al menos que se vean.

La abuela no se lava jamás. Se seca la boca con la punta de su pañoleta cuando ha comido o ha bebido. No lleva bragas. Cuando tiene que orinar, se queda quieta donde está, separa las piernas y se mea en el suelo, por debajo de la falda. Naturalmente, eso no lo hace dentro de casa.

La abuela no se desnuda jamás. La hemos visto en su habitación, por la noche. Se quita una falda y lleva otra debajo. Se quita la blusa y lleva otra blusa debajo. Se acuesta así. No se quita la pañoleta.

La abuela habla poco. Salvo por la noche. Por la noche, coge una botella que tiene en un estante y bebe directamente a morro. Pronto se pone a hablar en una lengua que no conocemos. No es la lengua que hablan los militares extranjeros, es una lengua completamente distinta.

En esa lengua desconocida, la abuela se pregunta cosas y ella misma se responde. A veces se ríe, o bien se enfada, o bien grita. Al

final, casi siempre, se pone a llorar, se va a su habitación dando traspiés y se tira en la cama, y la oímos sollozar mucho rato por la noche.

Los trabajos

Estamos obligados a hacer determinados trabajos para la abuela, porque si no, no nos daría de comer y nos dejaría pasar la noche fuera.

Al principio nos negamos a obedecerla. Dormimos en el jardín, nos comemos la fruta y las verduras crudas.

Por la mañana, antes de que salga el sol, vemos a la abuela salir de la casa. No nos habla. Va a alimentar a los animales, ordeña las cabras, después las lleva a la orilla del río, donde las ata a un árbol. Después riega el jardín y coge las verduras y frutas que carga en su carretilla. Pone tambien una cesta llena de huevos, una jaula pequeña con un conejo y un pollo o un pato con las patas atadas.

Se va al mercado, empujando su carretilla cuya cincha, pasada por su cuello delgado, le hace bajar la cabeza. Se tambalea bajo el peso. Los baches del camino y las piedras la desequilibran, pero sigue andando, con los pies hacia fuera, como los patos. Va andando hacia el pueblo, hasta el mercado, sin pararse, sin apoyar la carretilla ni una sola vez.

Al volver del mercado, hace una sopa con las verduras que no ha vendido y hace mermeladas con la fruta. Come, va a echar la siesta a su viña, duerme una hora, y después se ocupa de la viña o, si no hay nada más que hacer, vuelve a la casa, corta leña y alimenta de nuevo a los animales, trae de nuevo las cabras, las ordeña, se va al bosque y trae setas y leña seca, hace queso, seca las setas y las judías, llena frascos con las demás verduras, riega de nuevo el jardín, ordena las cosas en la bodega y así sucesivamente hasta que cae la noche.

La sexta mañana, cuando ella sale de casa ya hemos regado el huerto. Le cogemos de las manos los pesados cubos de la comida de los cerdos, llevamos nosotros las cabras a la orilla del río, la ayudamos a cargar la carretilla. Cuando vuelve del mercado, estamos a punto de cortar leña.

Durante la cena, la abuela dice:

—Ya lo habéis entendido. El cobijo y el alimento hay que ganárselos.

Nosotros decimos:

—No es eso. El trabajo es pesado, pero mirar sin hacer nada a alguien que trabaja es mucho más pesado aún, sobre todo si es un viejo.

La abuela dice, sarcástica:

—¡Hijos de perra! ¿Queréis decir que os doy pena?

—No, abuela. Solamente nos avergonzamos de nosotros mismos.

Por la tarde vamos a buscar leña al bosque.

A partir de entonces hacemos todos los trabajos que somos capaces de hacer.

El bosque y el río

El bosque es muy grande, el río es muy pequeño. Para entrar en el bosque hay que atravesar el río. Cuando hay poca agua, podemos atravesarlo saltando de una piedra a otra. Pero a veces, cuando ha llovido mucho, el agua nos llega a la cintura y el agua está fría y fangosa. Decidimos construir un puente con los ladrillos y las tablas que encontramos alrededor de las casas destruidas por los bombardeos.

Nuestro puente es sólido. Se lo enseñamos a la abuela. Ella lo prueba y dice:

—Muy bien. Pero no vayáis demasiado lejos por el bosque. La frontera está cerca, los militares os dispararían. Y sobre todo no os perdáis. Yo no iría a buscarlos.

Al construir el puente hemos visto peces. Se esconden bajo las piedras grandes o a la sombra de los arbustos y los árboles cuyas ramas se unen en algunos puntos por encima del río. Elegimos los peces más grandes, los cogemos y los metemos en la regadera llena de agua. Por la noche, cuando los llevamos a la casa, la abuela dice:

—¡Hijos de perra! ¿Cómo los habéis cogido?

—Con las manos. Es fácil. Sólo hay que quedarse quieto y esperar.

—Entonces, coged muchos. Todos los que podáis.

Al día siguiente la abuela se lleva la regadera en la carretilla y vende nuestros pescados en el mercado.

Vamos a menudo al bosque, no nos perdemos nunca, sabemos de qué lado se encuentra la frontera. Pronto los centinelas nos

conocen. No nos disparan nunca. La abuela nos enseña a distinguir las setas comestibles de las que son venenosas.

Del bosque traemos haces de leña a la espalda, setas y castañas en las cestas. Apilamos la leña bien ordenada contra las paredes de la casa, bajo el tejadillo, y tostamos las castañas en el hogar, si la abuela no está.

Una vez, en el bosque, junto a un enorme agujero hecho por una bomba, encontramos un soldado muerto. Está entero todavía, sólo le faltan los ojos a causa de los cuervos. Le cogemos el fusil, los cartuchos, las granadas. El fusil escondido en un haz de leña, los cartuchos y las granadas en las cestas, bajo las setas.

Una vez llegados a casa de la abuela, envolvemos cuidadosamente esos objetos con paja y unos sacos de patatas y los enterramos bajo el banco, ante la ventana del oficial.

La suciedad

En nuestra casa, en la ciudad, nuestra madre nos lavaba a menudo. Bajo la ducha o en la bañera. Nos ponía ropa limpia, nos cortaba las uñas. Para cortarnos el pelo nos llevaba al peluquero. Nos cepillábamos los dientes después de cada comida.

En casa de la abuela es imposible lavarse. No hay cuarto de baño, ni siquiera hay agua corriente. Hay que ir a bombeo el agua del pozo en el patio, y llevarla en un cubo. No hay jabón en la casa, ni dentífrico, ni producto alguno para la colada.

Todo está sucio en la cocina. Las baldosas rojas, irregulares, se pegan a los pies, la mesa grande se pega a las manos y los codos. El hogar está completamente negro de grasa y las paredes a su alrededor también, a causa del hollín. Aunque la abuela lave los cacharros, los platos, las cucharas y los cuchillos nunca están realmente limpios, y las cazuelas están cubiertas de una espesa costra de mugre. Los trapos son de color gris y huele mal.

Al principio ni siquiera nos apetecía comer, sobre todo cuando veíamos cómo preparaba la abuela la comida, sin lavarse las manos y limpiándose los mocos con la manga. Después ya no hacemos caso.

Cuando hace calor vamos a bañarnos al río, nos lavamos la cara y los dientes en el pozo. Cuando hace frío es imposible lavarse del todo. No existe ningún recipiente lo bastante grande en la casa. Nuestras sábanas, mantas y ropa de baño han desaparecido. Nunca más volvimos a ver la caja grande en la que nuestra madre trajo esas cosas.

La abuela lo vendió todo.

Cada vez estamos más sucios, y nuestra ropa también. Vamos sacando ropa limpia de nuestra maleta debajo del banco, pero pronto ya no nos queda ropa limpia. La que llevamos se va rompiendo, nuestros zapatos se gastan y se agujerean. Cuando es posible vamos desnudos y no llevamos más que un calzoncillo o un pantalón. La planta de los pies se nos endurece, ya no notamos las espinas ni las piedras. La piel se nos pone morena, llevamos las piernas y los brazos cubiertos de araños, de cortes, de costras, de picaduras de insecto. Las uñas, que no nos cortamos nunca, se nos rompen; el pelo, casi blanco a causa del sol, nos llega hasta los hombros.

La letrina está al fondo del jardín. Nunca hay papel. Nos limpiamos con las hojas más grandes de determinadas plantas.

Ahora tenemos un olor mezcla de estiércol, pescado, hierba, setas, humo, leche, queso, barro, porquería, tierra, sudor, orina y moho.

Ahora olemos mal, como la abuela.

Ejercicio de endurecimiento del cuerpo

La abuela nos pega a menudo con sus manos huesudas, con una escoba o un trapo mojado. Nos tira de las orejas, nos da tirones del pelo.

Otras personas también nos dan bofetadas y patadas, no sabemos muy bien por qué.

Los golpes hacen daño, nos hacen llorar.

Las caídas, los arañazos, los cortes, el trabajo, el frío y el calor también son causa de sufrimiento.

Decidimos endurecer nuestro cuerpo para poder soportar el dolor sin llorar.

Empezamos por darnos bofetadas el uno al otro, después puñetazos. Viendo que llevamos la cara tumefacta, la abuela nos pregunta:

—¿Quién os ha hecho esto?

—Nosotros mismos, abuela.

—¿Os habéis pegado? ¿Por qué?

—Por nada, abuela. No te preocupes, es un ejercicio.

—¿Un ejercicio? Estáis completamente chiflados. Bueno, si eso os divierte...

Vamos desnudos. Nos golpeamos el uno al otro con un cinturón. Nos vamos diciendo, a cada golpe:

—No ha dolido.

Nos golpeamos fuerte, cada vez más y más fuerte.

Pasamos las manos por encima de una llama. Nos cortamos con un cuchillo el muslo, el brazo, el pecho, y nos echamos alcohol en las heridas. Cada vez, nos decimos:

—No ha dolido.

Al cabo de un cierto tiempo, efectivamente, ya no sentimos nada. Es otro quien siente dolor, otro el que se quema, el que se corta, el que sufre.

Nosotros ya no lloramos.

Cuando la abuela está enfadada y grita, le decimos:

—No grites más, abuela, y péganos.

Y cuando ella nos pega, decimos:

—¡Más, abuela! Mira, ponemos la otra mejilla, como dice en la Biblia. Péganos en la otra mejilla, abuela.

Ella responde:

—¡Idos al diablo con vuestra Biblia y vuestras mejillas!

El ordenanza

Nos acostamos en el banco que hace esquina en la cocina. Nuestras cabezas se tocan. No dormimos aún, pero tenemos los ojos cerrados. Alguien abre la puerta. Abrimos los ojos. La luz de una linterna de bolsillo nos ciega. Preguntamos:

—¿Quién anda ahí?

Una voz de hombre responde:

—No miedo. Vosotros no miedo. ¿Dos ser vosotros o yo beber demasiado?

Se ríe, enciende la lámpara de petróleo que hay encima de la mesa y apaga su linterna. Ahora le vemos bien. Es un militar extranjero, sin grado. Dice:

—Yo ser ordenanza de capitán. ¿Qué hacer aquí vosotros?

Decimos:

—Vivimos aquí. En casa de nuestra abuela.

—¿Vosotros nietos de la Bruja? Yo nunca ver vosotros antes. ¿Cuánto tiempo vosotros ser aquí?

—Desde hace dos semanas.

—¡Ah! Yo ir permiso a mi casa, a mi pueblo. Mucho divertido.

Le preguntamos:

—¿Por qué hablas nuestro idioma?

Él dice:

—Mi madre nacer aquí, en vuestro país. Venir trabajar a nuestra casa, camarera en un bar. Conocer mi padre y casarse. Cuando yo pequeño, mi madre hablarme vuestro idioma. Vuestro país y mi país, países amigos. Combatir juntos enemigo. ¿De ti dónde venir vosotros?

—De la ciudad.

—Ciudad, mucho peligro. ¡Bum! ¡Bum!

—Sí, y ya no había nada que comer.

—Aquí bien para comer. Manzanas, cerdos, pollos, todo.

¿Vosotros quedar mucho tiempo? ¿O sólo vacaciones?

—Hasta que se acabe la guerra.

—Guerra pronto acabar. ¿Dormir vosotros ahí? Banco duro, frío.

¿Bruja no querer meter en su habitación?

—No queremos dormir en la habitación de la abuela. Ronca y huele mal. Teníamos sábanas y mantas, pero ella las ha vendido.

El ordenanza coge agua caliente del caldero que hay encima del fogón y dice:

—Yo deber limpiar habitación. Capitán también volver permiso esta noche o mañana.

Sale. Algunos minutos después, vuelve. Nos trae dos mantas militares grises.

—Éstas no vender la vieja Bruja. Si ella demasiado mala, decir a mí. Yo pum, pum, matar.

Se ríe todavía. Nos tapa, apaga la lámpara y se va.

Durante el día escondemos las mantas en el desván.

Ejercicio de endurecimiento del espíritu

La abuela nos dice:

—¡Hijos de perra!

La gente nos dice:

—¡Hijos de bruja! ¡Hijos de puta!

Otros nos dicen:

—¡Imbéciles! ¡Golfos! ¡Mocosos! ¡Burros! ¡Marranos! ¡Puercos!
¡Gamberros! ¡Sinvergüenzas! ¡Pequeños granujas! ¡Delincuentes!
¡Criminales!

Cuando oímos esas palabras se nos pone la cara roja, nos zumban los oídos, nos escuecen los ojos y nos tiemblan las rodillas.

No queremos ponernos rojos, ni temblar. Queremos acostumbrarnos a los insultos y a las palabras que hieren.

Nos instalamos en la mesa de la cocina, uno frente al otro, y mirándonos a los ojos, nos decimos palabras cada vez más y más atroces.

Uno:

—¡Cabrón! ¡Tontolculo!

El otro:

—¡Maricón! ¡Hijoputa!

Y continuamos así hasta que las palabras ya no nos entran en el cerebro, ni nos entran siquiera en las orejas.

De ese modo nos ejercitamos una media hora al día más o menos, y después vamos a pasear por las calles.

Nos las arreglamos para que la gente nos insulte y constatamos que al fin hemos conseguido permanecer indiferentes.

Pero están también las palabras antiguas.

Nuestra madre nos decía:

—¡Queridos míos! ¡Mis amorcitos! ¡Mi vida! ¡Mis pequeñines adorados!

Cuando nos acordamos de esas palabras, los ojos se nos llenan de lágrimas.

Esas palabras las tenemos que olvidar, porque ahora ya nadie nos dice palabras semejantes, y porque el recuerdo que tenemos es una carga demasiado pesada para soportarla.

Entonces volvemos a empezar nuestro ejercicio de otra manera.

Decimos:

—¡Queridos míos! ¡Mis amorcitos! Yo os quiero... No os abandonaré nunca... Sólo os querré a vosotros... Siempre... Sois toda mi vida...

A fuerza de repetirlas, las palabras van perdiendo poco a poco su significado, y el dolor que llevan consigo se atenúa.

El colegio

Esto ocurrió hace tres años.

Es por la tarde. Nuestros padres creen que dormimos. En la otra habitación, hablan de nosotros.

Nuestra madre dice:

—No soportarán estar separados.

Nuestro padre dice:

—Sólo se separarán durante las horas de colegio.

Nuestra madre dice:

—No lo soportarán.

—Pero es necesario. Es necesario para ellos. Todo el mundo lo dice. Los profesores, los psicólogos. Al principio les resultará difícil, pero luego se acostumbrarán.

—No, nunca. Lo sé. Los conozco bien. Forman una sola persona.

Nuestro padre levanta la voz:

—Justamente, eso no es normal. Piensan juntos, actúan juntos. Viven en un mundo aparte. Un mundo sólo para ellos. Todo eso no es demasiado sano. Es inquietante incluso. Sí, me preocupan. Son muy raros. Nunca se sabe lo que pueden pensar. Están demasiado adelantados para su edad. Saben demasiadas cosas.

Nuestra madre se ríe.

—No les reprocharás su inteligencia, ¿verdad?

—No es ninguna tontería. ¿Por qué te ríes?

Nuestra madre responde:

—Los gemelos siempre tienen más problemas. No es ningún drama. Todo se arreglará.

Nuestro padre dice:

—Sí, todo se arreglará si los sepamos. Cada individuo debe tener su propia vida.

Algunos días más tarde empezamos la escuela. Cada uno en una clase distinta. Nos sentamos en la primera fila.

Estamos separados el uno del otro por toda la longitud del edificio. Esa distancia entre nosotros nos parece monstruosa, el dolor que experimentamos es insopportable. Es como si nos arrancasen la mitad del cuerpo. No tenemos equilibrio, nos da vértigo, nos caemos, perdemos el conocimiento.

Nos despertamos en la ambulancia que nos lleva al hospital.

Nuestra madre viene a buscarnos. Sonríe, nos dice:

—Estaréis en la misma clase desde mañana.

En casa, nuestro padre sólo nos dice:

—¡Farsantes!

Pronto se va al frente. Es periodista, corresponsal de guerra.

Vamos al colegio durante dos años y medio. Los profesores se van también al frente y les sustituyen profesoras. Más tarde cierra la escuela, porque hay demasiadas alertas y bombardeos.

Sabemos leer, escribir y calcular.

En casa de la abuela decidimos proseguir nuestros estudios sin profesores, solos.

La compra del papel, del cuaderno y de los lápices

En casa de la abuela no hay papel ni lápiz. Vamos a buscarlo a una tienda que se llama «Librería-Papelería». Elegimos un paquete de papel cuadriculado, dos lápices y un cuaderno grande y grueso. Lo ponemos todo encima del mostrador, ante un señor gordo que está detrás. Le decimos:

—Necesitamos todos estos objetos, pero no tenemos dinero.

El librero dice:

—¿Cómo? Pero... hay que pagar.

Repetimos:

—No tenemos dinero, pero necesitamos estos objetos de verdad.

El librero dice:

—La escuela está cerrada. Nadie necesita cuadernos ni lápices.

Le decimos:

—Nosotros seguimos yendo a la escuela en casa, solos, por nuestra cuenta.

—Pedid dinero a vuestros padres.

—Nuestro padre está en el frente y nuestra madre se ha quedado en la ciudad. Vivimos en casa de nuestra abuela, y ella tampoco tiene dinero.

El librero dice:

—Sin dinero no se puede comprar nada.

No decimos nada más, nos quedamos mirándole. Él también nos mira. Tiene la frente mojada de sudor. Al cabo de un tiempo, dice:

—¡No me miréis así! ¡Salid de aquí!

Le decimos:

—Estamos dispuestos a realizar algunos trabajos para usted a cambio de estos objetos. Le podemos regar el jardín, por ejemplo, arrancar las malas hierbas, llevar paquetes...

Él sigue gritando:

—¡No tengo jardín! ¡No os necesito! Y además, ¿no podéis hablar normal y corriente?

—Hablamos normal y corriente.

—A vuestra edad, decir «estamos dispuestos a realizar», ¿es normal?

—Nosotros hablamos correctamente.

—Demasiado correctamente, sí. ¡No me gusta del todo vuestra manera de hablar! ¡Y vuestra forma de mirar tampoco! ¡Salid de aquí!

Le preguntamos:

—¿Posee usted gallinas, señor?

Él se seca el rostro blanco con un pañuelo blanco. Nos pregunta, sin gritar:

—¿Gallinas? ¿Por qué gallinas?

—Porque si no las posee, nosotros podemos disponer de una cierta cantidad de huevos y traérselos a cambio de estos objetos que nos resultan indispensables.

El librero nos mira y no dice nada.

Insistimos:

—El precio de los huevos aumenta cada día. Por el contrario, el precio del papel y los lápices...

Arroja nuestro papel, nuestros lápices y nuestro cuaderno hacia la puerta y grita:

—¡Fuera! ¡No necesito vuestros huevos! ¡Tomad todo esto y no volváis más!

Nosotros cogemos los objetos cuidadosamente y decimos:

—Sin embargo, nos veremos obligados a volver cuando no tengamos más papel o cuando se hayan gastado los lápices.

Nuestros estudios

Para nuestros estudios contamos con el diccionario de nuestro padre y la Biblia que hemos encontrado aquí en casa de la abuela, en el desván.

Damos lecciones de ortografía, de redacción, de lectura, de cálculo mental, de matemáticas y hacemos ejercicios de memoria.

Usamos el diccionario para la ortografía, para obtener explicaciones y también para aprender palabras nuevas, sinónimos y antónimos.

La Biblia nos sirve para la lectura en voz alta, los dictados y los ejercicios de memoria. Nos aprendemos de memoria, por tanto, páginas enteras de la Biblia.

Así es como transcurre una lección de redacción:

Estamos sentados en la mesa de la cocina con nuestras hojas cuadriculadas, nuestros lápices y el cuaderno grande. Estamos solos.

Uno de nosotros dice:

—El título de la redacción es: «La llegada a casa de la abuela».

El otro dice:

—El título de la redacción es: «Nuestros trabajos».

Nos ponemos a escribir. Tenemos dos horas para tratar el tema, y dos hojas de papel a nuestra disposición.

Al cabo de dos horas, nos intercambiamos las hojas y cada uno de nosotros corrige las faltas de ortografía del otro, con la ayuda del diccionario, y en la parte baja de la página pone: «bien» o «mal». Si es «mal», echamos la redacción al fuego y probamos a tratar el

mismo tema en la lección siguiente. Si es «bien», podemos copiar la redacción en el cuaderno grande.

Para decidir si algo está «bien» o «mal» tenemos una regla muy sencilla: la redacción debe ser verdadera. Debemos escribir lo que es, lo que vemos, lo que oímos, lo que hacemos.

Por ejemplo, está prohibido escribir: «la abuela se parece a una bruja». Pero sí está permitido escribir: «la gente llama a la abuela “la Bruja”».

Está prohibido escribir: «el pueblo es bonito», porque el pueblo puede ser bonito para nosotros y feo para otras personas.

Del mismo modo, si escribimos: «el ordenanza es bueno», no es verdad, porque el ordenanza puede ser capaz de cometer maldades que nosotros ignoramos. Escribimos, sencillamente: «el ordenanza nos ha dado unas mantas».

Escribiremos: «comemos muchas nueces», y no: «nos gustan las nueces», porque la palabra «gustar» no es una palabra segura, carece de precisión y de objetividad. «Nos gustan las nueces» y «nos gusta nuestra madre» no puede querer decir lo mismo. La primera fórmula designa un gusto agradable en la boca, y la segunda, un sentimiento.

Las palabras que definen los sentimientos son muy vagas; es mejor evitar usarlas y atenerse a la descripción de los objetos, de los seres humanos y de uno mismo, es decir, a la descripción fiel de los hechos.

Nuestra vecina y su hija

Nuestra vecina es una mujer menos vieja que la abuela. Vive con su hija en la última casa del pueblo. Es una casucha completamente en ruinas, con el tejado agujereado en muchos sitios. Alrededor hay un jardín, pero no está cultivado como el jardín de la abuela. Sólo crecen las malas hierbas.

La vecina está sentada todo el día en un taburete en su jardín y mira al frente, no se sabe qué. Por la tarde, o cuando llueve, su hija la coge por el brazo y la hace entrar en la casa. A veces su hija se olvida o no está, y entonces la madre se queda fuera toda la noche, durante mucho tiempo.

La gente dice que nuestra vecina está loca, que perdió el espíritu cuando el hombre que le hizo la hija la abandonó.

La abuela dice que la vecina sencillamente es una perezosa y que prefiere vivir pobemente en lugar de ponerse a trabajar.

La hija de la vecina no es más alta que nosotros, pero sí algo mayor. Durante el día mendiga por el pueblo, delante de los cafés y en las esquinas de las calles. En el mercado coge las verduras y las frutas podridas que tira la gente y se los lleva a casa. Roba también todo lo que puede. Hemos tenido que echarla varias veces de nuestro jardín, donde intenta quitarnos fruta y huevos.

Una vez la sorprendemos bebiendo leche, chupando la tetra de una de nuestras cabras.

Cuando nos ve, se levanta, se seca la boca con el dorso de la mano, retrocede y dice:

—¡No me hagáis daño!

Añade:

—Corro muy deprisa. No me cogeréis.

La miramos. Es la primera vez que la vemos de cerca. Tiene el labio leporino, bizquea, lleva la nariz llena de mocos y tiene costras amarillas alrededor de los ojos rojos, y las piernas y los brazos cubiertos de pústulas.

Dice:

—Me llaman Cara de Liebre. Me gusta la leche.

Sonríe. Tiene los dientes negros.

—Me gusta la leche, pero lo que más me gusta es chupar la teta. Está buena. Es dura y blanda a la vez.

Nosotros no contestamos. Ella se acerca.

—También me gusta chupar otra cosa.

Adelanta la mano, nosotros retrocedemos. Ella dice:

—¿No queréis? ¿No queréis jugar conmigo? Me gustaría mucho.

Sois tan guapos...

Baja la cabeza. Dice:

—Os doy asco.

Nosotros decimos:

—No, no nos das asco.

—Ya lo veo. Sois demasiado jóvenes, demasiado tímidos. Pero conmigo no debéis tener vergüenza. Os enseñaré juegos muy divertidos.

Le decimos:

—Nosotros no jugamos nunca.

—¿Entonces qué hacéis todo el día?

—Trabajamos y estudiamos.

—Yo mendigo, robo y juego.

—También cuidas a tu madre. Eres una buena hija.

Ella dice, acercándose:

—¿De verdad os lo parece? ¿De verdad?

—Sí. Y si necesitas alguna cosa para tu madre o para ti, no tienes más que pedírnosla. Te daremos fruta, verduras, pescados y leche.

Ella se pone a gritar:

—¡No quiero vuestra fruta, vuestro pescado, vuestra leche! Todo eso lo puedo robar. Lo que quiero es que me queráis. Nadie me quiere. Ni siquiera mi madre. Pero yo tampoco quiero a nadie. ¡Ni a mi madre ni a vosotros! ¡Os odio!